

S E R M O N

SOBRE LA

CONCLUSION DEL MES DE MARÍA

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL
EL 31 DE MAYO DE 1889
EN PRESENCIA DEL ILMO. Y RMO. SR. LIC. D. IGNACIO SUAREZ PEREDO
DIGNISIMO OBISPO DE VERACRUZ

POR EL

LIC. FRANCISCO J. CORREA Y PIAZ

Provisor y Vicario General de la diócesis de Veracruz

*Surge Aquilo, et veni Auster, perfla
hortum meum, et fluant aromata illius.*

Levántate, Cierzo, y ven, Austro, so-
pla por mi huerto, y corran los aromas
de él.

Can. Cantic., IV, 16.

Illmo. Señor:

Católicos:

Los encantos de la primavera, con todas sus delicias, surgieron la idea bella y sublime de consagrar el mes de Mayo á la que es sublime y bella; los encantos de la primavera hicieron brotar de piadosas inteligencias el feliz pensamiento de consagrar el mes de las flores, al culto de

la más pura entre todas las vírgenes, en cuyo inocente seno, como en vergel florido de virtudes, descansara un día el celestial Esposo.

Por eso, del orbe católico, durante este mes justamente llamado de María, han acudido los fieles á tributarle sus humildes cultos; ora congregados en el santuario por la fraternidad religiosa, ora agrupados en sus casas por vínculos de familia ó de amistad.

También vosotros habeis formado coro en las alabanzas universales de la que, como á Reina, ensalzan y alaban los ángeles en el cielo con himnos eternos; también vosotros habeis gustado las dulzuras de sus cultos, y las virtudes de esa Virgen bendita, ó por lo menos el amor á Ella; una por una han penetrado en vuestro corazón, y la paz y el deseo de las cosas celestiales hanse insinuado blandamente en vuestra alma, y en torno de su altar cubierto de fragantes flores postrados varias veces, durante el mes, habeis ofrecido las flores naturales del jardín y del campo. ¿Qué resta, pues, señores? ¡Oh! que nos consagremos á aquella que forma la más hermosa prosopopeya de todas las plantas y flores odoríficas del jardín del Esposo del Cantar de los Cantares. Me parece que ya habeis adivinado el fin á que tiende mi discurso, el que sintentizo en los tres siguientes puntos: Primero, que nos consagremos á María como vida que es para el inocente; segundo, como esperanza para el pecador; tercero, como dulzura para el justo; los que desarrollaré, si vosotros, prosternados ante el trono de esa imagen de María, me ayudais á implorar el auxilio divino.

¡Virgen bendita, mística flor, tan bella como tan rica en brillantez y aroma, reina de todas las flores terrestres, y de todas las flores espirituales que forman el adorno de la Iglesia santa! Hoy viene el inocente á consagrarte los odoríferos efluvios de las frescas flores de su alma; hoy viene el pecador á ofrecerte las mustias rosas de su triste corazón, marchitas, ciertamente, por el soplo venenoso de sus pasiones; y el justo viene á presentarte el cáliz tierno

y fresco tallo de las flores de su alma y de su corazón, exhalando el balsámico aroma del más ardiente amor y de la alabanza más piadosa. ¡Oh María, flor inmortal, que inundas con tu fragancia á las almas y las colmas de alegría! Recoge en tu celeste manto ese conjunto de variadas flores, no dejes entorpecer nuestros corazones por los efimeros perfumes de aquí abajo, ni alucinarse por el engañoso brillo de las criaturas, que, semejantes á la flor del campo, florecen por la mañana, caen y secan por la tarde. Consíguenos de tu divino Hijo la gracia eficaz para que hoy nuestra consagración á Ti sea sincera y firme; en cambio, desde la pobreza de nuestra nada te enviamos un saludo con el ángel.—AVE MARIA.

PRIMER PUNTO

Surge aquilo, etc.

Los libros santos nos hacen oír el melodioso acento de la voz dulce y sonora del Esposo, que compara á su Esposa al hermoso cuadro de un jardín embalsamado, exhalando las más exquisitas fragancias; y para que no se disipe el aroma de las flores, manda al viento cierzo que se aleje, y llama al ábrego, viento suave y apacible, que venga á refrescar el cáliz, la corola y el tallo de las flores de su jardín. “Levántate, cierzo, dice, y vete; ven tú, ábrego, sopla por mi jardín, y corran los aromas de él.” ¿Quién sino María, católicos, se reconoce bajo la bellísima imagen de todas las plantas y flores odoríferas del jardín del Esposo del Cantar de los Cantares? ¡Oh! Ella es, en expresivo lenguaje de los santos Padres, el

verdadero jardín de delicias, en quien abundan todas las flores, con la celestial fragancia de todas las virtudes, de donde la Iglesia escoge la rosa más bella para formar el dulcísimo nombre de la muy amada del Señor; dándole así la alabanza más delicada y graciosa, como la más propia para hechizar nuestro espíritu y nuestro corazón.

Acerquémonos á cada una de las páginas de la historia sagrada, y en cada una encontraremos ideas sublimes y consoladores pensamientos que nos impulsan y animan á consagrarnos con dulcísima confianza á esa Reina de los cielos y de la tierra, y también Reina de las flores.

En efecto, los libros santos encierran la historia de la humanidad, en tres épocas divididas según sus diversos estados: la primera época preséntanos al hombre en su estado de inocencia; época brevísima por cierto, y que tuvo lugar en el Paraíso de delicias: la segunda nos presenta al hombre en el estado de degradación; época larga en verdad, pues que duró cuatro mil años: y la tercera es la época de la regeneración del hombre; da principio en la muerte del Divino Salvador, y durará hasta la consumación de los siglos. Los tres estados de la humanidad, con sus tres épocas, encuéntranse en cada uno de nosotros.

Ahora bien: el estado de inocencia tiene figurada á esa Virgen bendita en el árbol delicioso de la vida, plantado en el Paraíso; y bajo ese bellissimo punto de vista viene hoy la juventud inocente y tierna á ponerse á la fresca sombra de ese árbol divino: el estado de la degradación tiene figurada á María en el arco iris después del diluvio; y bajo ese hermoso símbolo venimos hoy los pecadores á consagrarnos á la que es principio de la felicidad del hombre caído: el estado de la justificación tiene figurada á la más tierna, á la más amable de las Vírgenes en el brillante Tabernáculo que nos describe el águila de Patmos en el libro de sus visiones; y bajo ese deslumbrador aspecto, viene hoy el justo á descansar en el fulgente re-

clinatorio de las gracias y dones del Eterno. Pasemos adelante.

De las manos del Creador salió el hombre inocente y puro: en su alma también inocente y pura, venían á reunirse como en un altar las maravillas y bellezas todas de la creación, y en su lábio las armonías de todos los seres para que los elevase al trono del Eterno en sublimes conciertos. Todo sonreía al hombre, pero también Dios le sonreía: Dios moraba en su alma y hablaba con él. ¡Qué felicidad! Era el Paraíso un jardín ameno, tapizado de mil y mil variadas flores, destacándose en su centro el árbol delicioso de la vida, á cuya fresca y benéfica sombra, libre de temores, descansaba el hombre en dulce y plácido sueño; y ni el sol podía herirle con sus rayos, ni la fatiga consumirle.

Pero no nos detengamos más, y apliquemos ese hermosísimo trozo al grupo de candidas niñas, que con la pureza en los labios y en el corazón la inocencia, han ofrecido á esa Inmaculada Virgen las flores, más que de la naturaleza, del jardín de su alma blanca y pura como la nieve. ¡Oh sí! realizada su segunda creación en las sacrosantas aguas del bautismo, es su corazón el templo y sagrario del Espíritu Santo; su alma, que conserva las nítidas gracias de su misteriosa regeneración, es hermosa delante del Señor; y Dios, que las ama con ternura, por eso las coloca en el paraíso de sus delicias, que es la Iglesia santa, jardín ameno: en el centro de ese ameno jardín osténtase un árbol, el árbol de la vida, este árbol es María, árbol divino que reúne la elevación de la palma y la majestad del cedro, la incorruptibilidad del ciprés y la suavidad del olivo, la frescura del plátano, la fragancia del cinamomo y la fecundidad de la vid; es María el árbol que se ostenta en el centro del nuevo paraíso; es el árbol de la vida, ese es su nombre, que proféticamente le dió Adán, antes de perder la inocencia.

¡Tiernas niñas que aun no habeis manchado la nítida estola de la gracia! Brillad como estrellas en el firma-

mento: y selladas con la marca divina, seguid al Corde-ro, entonándole el misterioso cántico de su gloria; consagraos á María, árbol delicioso de la vida; descansad á su fresca sombra, aspirad sus perfumes, comed de su fruto, no temais; jamás el sol con sus rayos os quitará la hermosura, ni el enemigo con su hálito emponzoñará vuestro corazón, ni la muerte del pecado entrará en vuestra alma. Consagraos de corazón á esa Virgen divina, y no respiraréis otra atmósfera que la que ese árbol embalsama con el aroma de sus virtudes, porque la devoción á María es una prenda de predestinación para todos, pero más para aquellos á quienes sonríe la inocencia.

SEGUNDO PUNTO

Paréceme que al oír esto un profundo suspiro de dolor sale del acerado corazón de los pecadores, y en él envueltas estas tristísimas palabras: ¡Ah, infelices y desgraciados de nosotros, que hemos perdido la inocencia! ¿Qué méritos tenemos para consagrarnos á una Virgen tan pura, tan santa, tan hermosa y tan bella? Ningunas flores hemos ofrecido durante el mes de las flores, ¿por qué? Porque nuestro corazón es un vasto erial que solo produce punzantes espinas, y nuestra alma es un desierto, un Paraíso del que solo brotan las malezas de la ingrata culpa.

¡Ah, infelices y desgraciados de nosotros! ¿Qué derecho tenemos á consagrarnos á la Reina de las flores, si en lugar de flores hemos ofrecido tristes suspiros, lastimeros ayes y amargas lágrimas, que del inculto y árido

campo de nuestro espíritu, á centenares han brotado, ahogando nuestra garganta?

Pero no os desconsoléis, pecadores; si María es el árbol de la vida, y el jardín de aromáticas flores para el inocente, es también del pecador la tierna esperanza, y del penitente la dulzura: y si el Eterno irritado un día por los pecados de los hombres, envió en castigo el diluvio universal sobre la tierra, otro día, acordándose de su misericordia, asegura que no habrá más diluvio sobre la tierra. ¡Oh qué promesa tan consoladora salida de los nítidos lábios del que jamás en sus promesas retrocede! Y el hermoso precursor de esa alianza, y el signo fulgente de la paz y de la serenidad en la atmósfera, y en el corazón del que teme su ruina en las horas de la tormenta y de la tempestad, es el arco iris que graciosamente se dibuja en el cielo á la hora de la tempestad y de la tormenta.

Por eso esa Virgen de consuelo simbolízase en el arco iris. Ella es la única esperanza de los desesperados, y único refugio del miserable pecador; y cuando aparece á los ojos del hombre, y cuando aparece á los ojos de Dios, preséntase como el brillante signo de la paz, del perdón y de la gracia. No os desconsoléis, pecadores, ¿descubris en algún rincón, en algún repliegue de vuestra alma una pequeña chispa de amor hácia María? No la apagueis, avivadla, encendedla más, y no temáis; consagraos á esa Reina de la esperanza, que ella escribe con letras de oro en el hermoso libro de su corazón á cuantos á ella se acogen; y en los negros nubarrones de la eterna justicia, preséntase como iris de paz clamando: "Acuérdate, Señor, de tu promesa."

¿Se ha oscurecido el horizonte de vuestro corazón por negras nubes que forman vuestros vicios? ¿El huracán de las pasiones reina en vuestro interior, y todo amenaza á vuestra alma un diluvio de eternos males? Sentid vuestra desgracia, sí, llorad vuestro crimen: entonces..... entonces María aparece al lado opuesto del sol de justicia,

no lo dudeis, y los nítidos rayos de su amor hieren la densa lluvia de lágrimas que, calientes, brotan de nuestros ojos y rompiéndola dibuja en el fondo de vuestro corazón un arco misterioso, ostentándose en vuestra alma los también misteriosos colores del iris que forman la esperanza, el amor y el consuelo; y ya no sois presa de la desesperación, ni del abatimiento, ni tembláis; sino que sintiendo renacer la calma, llenos de júbilo exclamáis: María..... María; y entonces llorais y llorais más; pero vuestras lágrimas son dulces, son las lágrimas del consuelo, son las lágrimas de la esperanza y del amor. ¡Cuán buena es María, esperanza del pecador! ¡Si lo supierais vosotros! ¡Si supierais cuán dulce es llorar los pasados extravíos, pronunciando el dulcísimo nombre de María, y contemplándola como iris de paz, de esperanza, de consuelo y de perdón! ¡Oh! no tardaríais un momento en consagraros á ella, no como á Reina de las flores, ya lo creo, porque el pecado marchitó las flores de vuestra alma, y alejó su aroma de vuestro corazón; pero sí como á iris de esperanza y de consuelo.

Haced que lo conozcamos, Madre mía, para que entre las lágrimas de la penitencia veamos dibujado en nuestros corazones el iris hermoso de vuestro nombre; y todos nos salvemos por vos que sois nuestra esperanza mientras somos pecadores, y nuestra dulzura cuando nos justificamos en el camino de la penitencia.

TERCER PUNTO

También vosotros los que habeis purificado vuestra alma en la misteriosa piscina de la penitencia, consagraos á esa tiernísima Señora, simbolizada en el Tabernáculo brillante

que en Patmos y en vision sublime tuvo el discípulo amado. "Vi, dice, la ciudad santa adornada como una esposa para recibir al esposo, y escuché una voz del trono que decía: Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos y limpiará las lágrimas de sus ojos; no tendrán más llanto ni dolor porque las primeras cosas pasaron." En este trozo hermoso y bello encontramos simbolizada á María, casa de la Trinidad Beatísima y Tabernáculo de Dios con los hombres. ¡Cuán bueno es nuestro Dios al darnos ese Tabernáculo como morada para que lo habitemos!

En efecto, el corazón de María es la puerta del cielo: y como al alma que á Dios se acerca por la penitencia mil y mil peligros le rodean aún, por eso Dios la convoca á su tabernáculo, donde no hay temor de muerte por el pecado, ni llanto amargo, ni luto de tristeza; porque amando á María, cierto es que el hombre llora, pero le son gratas sus lágrimas, porque ella le hace amable la virtud, y le ahuyenta el temor de nuevas caídas.

Reasumamos lo expuesto. Consagrémonos, sin excepción, á esa Virgen bendita. ¿Sois inocentes? Ella es el árbol de la vida y el jardín de aromáticas flores, donde no reina el cierzo del pecado y siempre sopla el ábrego embalsamado de la gracia: recoged las frescas flores de ese jardín, comed de ese árbol, cuyo fruto os conserva la vida de la inocencia, de la gracia y del espíritu. ¿Sois pecadores? María es el iris de la esperanza, del amor y del consuelo, y promete conseguir el perdón y reconciliaros con su Divino Hijo: consagraos á ella. ¿Sois penitentes, y por la penitencia justos? Vivid en su corazón, Ella es el Tabernáculo del Eterno para habitar con nosotros; es vida, dulzura y esperanza nuestra. Amadla y seguid experimentando los felices efectos de los hermosos caracteres de la que es nuestra Reina y Madre á la vez.

¡Oh María ensalzada como el rosal de Jericó! Ya no hay primavera en nuestro corazón, ni tampoco frescas flores de la inocencia que ofrecerte, porque las tiene mar-

chitas el riguroso invierno del pecado; postrados, empero, ante tu adorable trono, consagrámote nuestra alma, nuestros sentidos y potencias. Tú que has florecido como la rosa en una fresca márgen, y que tu lustre es más puro que el lustre del lirio, dinos, ¿quién nos dará una idea de la fragancia de Jesús que en todo tú respiras? ¡Ah! Solo tú misma, Virgen divina, que eres la flor escogida en el árido valle de este mundo. ¡Flor bendita! ¡Flor maravillosa! ¡Flor del cielo donde sólo nos será dado conocerte y alabarte dignamente! Tú que eres el dulce consuelo del que triste llora, y que no abandonas al que en tí confía, acuérdate de los que sufren; acuérdate de los que lloran; acuérdate de los que envueltos en las negras tinieblas de la desolación, caminan lanzando ayes de amargura que sólo el cielo escucha, caminan como el que siente hundirse la tierra bajo sus piés, y luchan y trabajan por amar á Dios..... ¡Madre!..... tú los conoces..... son tus hijos, bendícelos para que no sucumban á los rudos golpes del dolor. Haz que corramos al suave olor de tus perfumes en el camino puro é inmaculado de los verdaderos hijos de Dios, para tener un día la dicha de ver y glorificar á Jesús por todos los favores con que fuiste colmada en el tiempo y en la eternidad.—ASI SEA.